

- *Domingo 12 del tiempo ordinario (2010), Ciclo C. El cristiano: encuentra en Cristo su verdadera identidad. Revestirse de Cristo (cfr. segunda Lectura de la Carta a los Gálatas) no significa algo exterior, simplemente llevar un vestido, sino participar en su vida y en su destino. Bajo su luz, cualquier otro valor debe ser recuperado y purificado de posibles escorias. Nuestra gran dignidad consiste en que no somos sólo imagen, sino hijos de Dios, por el influjo del Espíritu Santo en nuestra vida.*

LA IDENTIDAD DEL CRISTIANO

- ❖ Cfr. Domingo 12 del tiempo ordinario, Ciclo C 20 de junio de 2010
Zacarías 12, 10-11.13,1; Gálatas 3, 6-29; Lucas 9, 18-24

Gálatas 3, 26-29: ²⁶ Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. ²⁷ En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ²⁸ ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. ²⁹ Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa.

1. La identidad del cristiano en la Escritura

- ❖ Segunda lectura, de la carta a los Gálatas, y otros textos de San Pablo
 - **Todos los bautizados en Cristo os habéis revestidos de Cristo todos sois uno en Cristo Jesús.**
- Gálatas 3, 26-29: ²⁶ Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. ²⁷ En efecto, todos los bautizados en Cristo **os habéis revestido de Cristo**: ²⁸ ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que **todos vosotros sois uno en Cristo Jesús**. ²⁹ Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa.
- San Pablo, además de esa afirmación en la 2ª lectura de hoy, en la Carta a los Gálatas, nos exhorta con estas palabras:
 - a) “revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de Dios” (Col. 3,10),
 - b) “revestíos del hombre nuevo creado según Dios en santidad y justicia” (Ef. 4,24)
 - **Revestirse de Cristo no significa algo exterior, simplemente llevar un vestido, sino participar en su vida y en su destino.**
- Catecismo de la Iglesia Católica, n. 787: La Iglesia es comunión con Jesús - Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (Cf Marcos 1, 16-20; 3, 13-19); les reveló el Misterio del Reino (Cf Mateo 13, 10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (Cf Lucas 10, 17-20) y en sus sufrimientos (Cf Lucas 22, 28-30). Jesús **habla** de una comunión todavía más íntima entre El y los que le sigan: «Permaneced en mí, como yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos» (Juan 15, 4-5). **Anuncia** una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Juan 6, 56).

2. La identidad del cristiano en el Catecismo de la Iglesia Católica

- ❖ Características del Pueblo de Dios: la identidad es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios.
- CEC 782:
 - Se llega a ser miembro de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el «nacimiento de arriba», «del agua y del Espíritu» (Jn 3, 3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.
 - «La identidad de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo». (...)
- ❖ En Cristo encuentra su verdadera identidad
- CEC 1025 Vivir en el cielo es «estar con Cristo» (Cf Juan 14, 3; Filipenses 1, 23; 1 Tesalonicenses 4, 17). Los elegidos viven «en El», aún más, tienen allí, o mejor, encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre (Cf Ap 2, 17):

Pues la vida es estar con Cristo; donde está Cristo, allí está la vida, allí está el reino (S. Ambrosio, Luc. 10, 121).

- ❖ Pedimos perdón de nuestras ofensas (Oración del Padre nuestro), porque después de recibir el bautismo, pecamos.
- CEC 2839 Perdona nuestras ofensas. - Con una audaz confianza hemos empezado a orar a nuestro Padre. Suplicándole que su Nombre sea santificado, le hemos pedido que seamos cada vez más santificados. Pero, **aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de separarnos de Dios.** Ahora, en esta nueva petición, nos volvemos a El, como el hijo pródigo (Cf Lucas 15, 11-32), y nos reconocemos pecadores ante El como el publicano (Cf Lucas 18, 13). Nuestra petición empieza con una «confesión» en la que afirmamos, al mismo tiempo, nuestra miseria y su Misericordia. Nuestra esperanza es firme porque, en su Hijo, «tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados» (Col 1, 14; Ef 1, 7). El signo eficaz e indudable de su perdón lo encontramos en los sacramentos de su Iglesia (Cf Mateo 26, 28; Juan 20, 23).
- CEC 1425 "Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios" (1Corintios 6,11). Es preciso darse cuenta de la grandeza del don de Dios que se nos hace en los sacramentos de la iniciación cristiana para comprender hasta qué punto el pecado es algo que no cabe en aquel que "se ha revestido de Cristo" (Gálatas 3,27). Pero el apóstol san Juan dice también: "Si decimos: «no tenemos pecado», nos engañamos y la verdad no está en nosotros" (1Juan 1,8). Y el Señor mismo nos enseñó a orar: "Perdona nuestras ofensas" (Lucas 11,4), uniendo el perdón mutuo de nuestras ofensas al perdón que Dios concederá a nuestros pecados.
- ❖ El Catecismo de la Iglesia Católica emplea otras expresiones que nos ayudan a entender lo que significa "revestirnos de Cristo".
- vivir en comunión con Cristo: cfr. nn. 259; 1108; 425, 426; 533, 787, etc.
- Jesús nos asocia a su misión, nos hace participar en ella, en su resurrección: cfr. nn. 850; 1089; 1006; etc.
- somos llamados a participar en la condición de hijos, en la vida de la Bienaventurada Trinidad cfr. n. 161; 221; 265; 1934; etc.
- etc.

2. *Benedicto XVI*

- ❖ A. La identidad del cristiano se caracteriza esencialmente por el encuentro con Cristo, por la comunión con Cristo y su Palabra.
Pablo de Tarso, *Apóstol por vocación, Catequesis* del 25 de octubre de 2006
- De aquí se deriva una lección muy importante para nosotros: lo que cuenta es poner en el centro de la propia vida a Jesucristo, de manera que nuestra identidad se caracterice esencialmente por el encuentro, la comunión con Cristo y su Palabra. Bajo su luz, cualquier otro valor debe ser recuperado y purificado de posibles escorias. Otra lección fundamental dejada por Pablo es el horizonte espiritual que caracteriza a su apostolado. Sintiendo agudamente el problema de la posibilidad para los gentiles, es decir, los paganos, de alcanzar a Dios, que en Jesucristo crucificado y resucitado ofrece la salvación a todos los hombres sin excepción, se dedicó a dar a conocer este Evangelio, literalmente «buena noticia», es decir, el anuncio de gracia destinado a reconciliar al hombre con Dios, consigo mismo y con los demás. Desde el primer momento había comprendido que ésta es una realidad que no afectaba sólo a los judíos, a un cierto grupo de hombres, sino que tenía un valor universal y afectaba a todos.
- ❖ B. La identidad cristiana: el encuentro con Cristo revolucionó literalmente la vida de San Pablo. Dos momentos.
Pablo de Tarso, *La centralidad de Cristo, Catequesis* del 8 noviembre 2006
- **Primer momento. El contenido fundamental de la conversión de San Pablo. La nueva orientación de su vida: vive de Cristo y con Cristo, dándose a sí mismo; ya no se busca ni se hace a sí mismo.**
- "En primer lugar, Pablo nos ayuda a comprender **el valor fundamental e insustituible de la fe.** En la

Carta a los Romanos escribe: «Pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley» (3, 28). Y en la Carta a los Gálatas: «el hombre no se justifica por las obras de la ley sino sólo por la fe en Jesucristo, por eso nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley, pues por las obras de la ley nadie será justificado» (2,16). «Ser justificados» significa ser hechos justos, es decir, ser acogidos por la justicia misericordiosa de Dios, y entrar en comunión con Él, y por tanto poder establecer una relación mucho más auténtica con todos nuestros hermanos: y esto en virtud de un perdón total de nuestros pecados. Pues bien, Pablo dice con toda claridad que **esta condición de vida no depende de nuestras posibles buenas obras, sino de la pura gracia de Dios**: «Somos justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús» (Romanos 3, 24)».

“Con estas palabras, san Pablo expresa **el contenido fundamental de su conversión**, la nueva dirección que tomó su vida como resultado de su encuentro con Cristo resucitado. **Pablo, antes** de la conversión, no era un hombre alejado de Dios ni de su Ley. Por el contrario, era un observante, con una observancia que rayaba en el fanatismo. Sin embargo, **a la luz del encuentro con Cristo** comprendió que con ello sólo se había buscado hacerse a sí mismo, su propia justicia, y que con toda esa justicia sólo había vivido para sí mismo. **Comprendió que su vida necesitaba absolutamente una nueva orientación**. Y esta nueva orientación la expresa así: «la vida, que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2, 20)”.

“Pablo, por tanto, ya no vive para sí mismo, para su propia justicia. Vive de Cristo y con Cristo: dándose a sí mismo; ya no se busca ni se hace a sí mismo. Esta es la nueva justicia, la nueva orientación que nos ha dado el Señor, que nos da la fe. ¡Ante la cruz de Cristo, expresión máxima se su entrega, ya no hay nadie que pueda gloriarse de sí, de su propia justicia! En otra ocasión, Pablo, haciendo eco a Jeremías, aclara su pensamiento: «El que se gloríe, gloriése en el Señor» (1 Corintios 1, 31; Jeremías 9,22s); o también: «En cuanto a mí ¡Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!» (Gálatas 6,14)”.

- **Segundo momento/elemento de la vida cristiana: revestirse de Cristo y entregarse a Cristo, para participar en la vida del mismo Cristo, compartiendo así también su muerte.**

Al reflexionar sobre lo que quiere decir no justificarse por las obras sino por la fe, hemos llegado al segundo elemento que define la **identidad cristiana** descrita por san Pablo en su propia vida. Identidad cristiana que se compone precisamente de dos elementos: no buscarse a sí mismo, sino revestirse de Cristo y entregarse con Cristo, y de este modo participar personalmente en la vida del mismo Cristo hasta sumergirse en Él y compartir tanto su muerte como su vida.

- **Bautizados en Cristo: muertos al pecado y vivos para Dios**

Pablo lo escribe en la Carta a los Romanos: «Fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte... Fuimos con él sepultados... somos una misma cosa con él... Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Romanos 6, 3.4.5.11). Precisamente esta última expresión es sintomática: para Pablo, de hecho, no es suficiente decir que los cristianos son bautizados, creyentes; **para él es igualmente importante decir que ellos «están en Cristo Jesús»** (Cf. también Romanos 8,1.2.39; 12,5; 16,3.7.10; 1 Corintios 1, 2.3, etcétera).

En otras ocasiones invierte los términos y escribe que «Cristo está en nosotros/vosotros» (Romanos 8,10; 2 Corintios 13,5) o «en mí» (Gálatas 2,20). Esta compenetración mutua entre Cristo y el cristiano, característica de la enseñanza de Pablo, completa su reflexión sobre la fe. La fe, de hecho, si bien nos une íntimamente a Cristo, subraya la distinción entre nosotros y Él. Pero, según Pablo, **la vida del cristiano tiene también un elemento que podríamos llamar «místico», pues comporta ensimismarnos en Cristo y Cristo en nosotros. En este sentido, el apóstol llega a calificar nuestros sufrimientos como los «sufrimientos de Cristo en nosotros»** (2 Corintios 1, 5), de manera que «llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Corintios 4,10).

❖ C. La identidad cristiana: el influjo del Espíritu Santo en la vida cristiana.

Pablo de Tarso, *El Espíritu en nuestros corazones, Catequesis* del 15 noviembre 2006

- **El espíritu de hijos adoptivos: no somos sólo imagen sino hijos de Dios**

- Ahora bien, san Pablo, en sus cartas, nos habla del Espíritu también desde otro punto de vista. No se limita a ilustrar sólo la dimensión dinámica y operativa de la tercera Persona de la Santísima Trinidad, sino que **analiza también su presencia en la vida del cristiano, cuya identidad queda marcada por él**. Es

decir, Pablo reflexiona sobre el Espíritu mostrando su influjo no solamente sobre el actuar del cristiano sino sobre su mismo ser. De hecho, dice que el Espíritu de Dios **habita en nosotros** (Cf. Romanos 8, 9; 1 Corintios 3,16) y que «**Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo**» (Gálatas 4, 6). Para Pablo, por tanto, **el Espíritu nos penetra** hasta en nuestras profundidades personales más íntimas. En este sentido, estas palabras tienen un significado relevante: «La ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte... Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un **espíritu de hijos adoptivos** que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (Romanos 8, 2.15), dado que somos hijos, podemos llamar «Padre» a Dios. Podemos ver, por tanto, que el cristiano, incluso antes de actuar, posee ya una interioridad rica y fecunda, que le ha sido entregada en los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, una interioridad que le introduce en una relación objetiva y original de filiación en relación con Dios. **En esto consiste nuestra gran dignidad: no somos sólo imagen, sino hijos de Dios.** Y esto constituye una invitación a vivir nuestra filiación, a ser cada vez más conscientes de que somos hijos adoptivos en la gran familia de Dios. Es una invitación a transformar este don objetivo en una realidad subjetiva, determinante para nuestra manera de pensar, para nuestro actuar, para nuestro ser. Dios nos considera hijos suyos, pues nos ha elevado a una dignidad semejante, aunque no igual, a la del mismo Jesús, el único que es plenamente verdadero Hijo. En Él se nos da o se nos restituye la condición filial y la libertad confiada en nuestra relación con el Padre.

3. Juan Pablo II: El bautismo, fundamento de la existencia cristiana. Confiere la nueva vida de Cristo resucitado. .

- ❖ A. La identidad del cristiano: sumergiendo al hombre en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo, le comunica la filiación divina y lo incorpora a la Iglesia (15/04/1998).

Cfr. *Catechesis* del 1-04-1998

«El bautismo cristiano, precisamente porque sumerge en el misterio pascual de Cristo, tiene un valor muy superior a los ritos bautismales judíos y paganos, que eran abluciones destinadas a significar la purificación, pero incapaces de borrar los pecados. En cambio, el bautismo cristiano es un signo eficaz, que obra realmente la purificación de las conciencias, comunicando el perdón de los pecados. Confiere, además, un don mucho mayor: la vida nueva de Cristo resucitado, que transforma radicalmente al pecador. Pablo muestra el efecto esencial del bautismo, cuando escribe a los Galatas: "Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo" (*Ga 3,27*). Existe una semejanza fundamental del cristiano con Cristo, que implica el don de la filiación divina adoptiva. Los cristianos, precisamente porque están "bautizados en Cristo", son por una razón especial "hijos de Dios". El bautismo produce un verdadero "renacimiento"».

- ❖ B. enc. *Veritatis splendor*, n. 21. Ser discípulo significa hacerse conforme a Él. Somos llamados a caminar según el Espíritu y a manifestar frutos en la vida.

[21.] Seguir a Cristo no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda. Ser discípulo de Jesús significa hacerse conforme a El, que se hizo servidor de todos hasta el don de sí mismo en la cruz (cf. Flp 2, 5-8). Mediante la fe, Cristo habita en el corazón del creyente (cf. Ef 3, 17), el discípulo se asemeja a su Señor y se configura con El; lo cual es fruto de la gracia, de la presencia operante del Espíritu Santo en nosotros.

Insertado en Cristo, el cristiano se convierte en miembro de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. 1 Cor 12, 13. 27). Bajo el impulso del Espíritu, el Bautismo configura radicalmente al fiel con Cristo en el misterio pascual de la muerte y resurrección, lo « reviste » de Cristo (cf. Gál 3, 27): « Felicitémonos y demos gracias --dice san Agustín dirigiéndose a los bautizados--: hemos llegado a ser no solamente cristianos sino el propio Cristo (...). Admiraos y regocijaos: ¡hemos sido hechos Cristo! » [28]. El bautizado, muerto al pecado, recibe la vida nueva (cf. Rom 6, 3-11): viviendo por Dios en Cristo Jesús, es llamado a caminar según el Espíritu y a manifestar sus frutos en la vida (cf. Gál 5, 16-25). La participación sucesiva en la Eucaristía, sacramento de la Nueva Alianza (cf. 1 Cor 11, 23-29), es el culmen de la asimilación a Cristo, fuente de « vida eterna » (cf. Jn 6, 51-58), principio y fuerza del don total de sí mismo, del cual Jesús --según el testimonio dado por Pablo-- manda hacer memoria en la celebración y en la vida: « Cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga » (1 Cor 11,26).

[28] In Iohannis Evangelium Tractatus, 41, 10: CCL 36, 363. 21, 8: CCL 36, 216.